

que inextinguible en el alma de Juárez consumió nuestra redención, llevaron á cabo multitud de magnas empresas, dignas de los pueblos más levantados de la antigüedad, lanzando al fin, de esta capital, al invasor, el 27 de Febrero de 1864.

Ya entonces el infatigable obrero de la libertad, el inteligente General Baranda había podido alcanzar las fértiles comarcas de Veracruz, en donde alentaba aún el sentimiento de la independencia, y en donde los Jefes republicanos habían establecido uno de sus centros de acción.

Fué allí en donde tanto influyó para la organización de la famosa coalición de Oriente. Llamada á estrechar los lazos de unión de tres Estados importantes, Veracruz, Tabasco y Chiapas, y á contribuir para el desarrollo de las numerosas y brillantes escenas, que debían concluir en Querétaro con la destrucción de las tres más grandes y poderosas columnas del Imperio y del clericalismo, con la ejecución de un monarca, reo de lesa-nación y de dos de sus principales cómplices. En esa gran epopeya, también el General Baranda había hecho prodigios de valor en el sitio que las fuerzas nacionales pusieron á Veracruz, sirviendo como Mayor general del ejército sitiador á las órdenes del pundonoroso General Benavides.

Los brillantes servicios prestados á la causa de la libertad en la lucha contra los defensores del antiguo régimen, contra los sostenedores de los fueros y de las absurdas desigualdades condenadas por la razón, así como los prestados en la patriótica guerra contra la intervención, fueron premiados por el Supremo Gobierno nacional, con la patente de General efectivo de Brigada, que le expidió el 27 de Septiembre de 1867.

En el mismo año y por el buen desempeño de su encargo como Jefe político y militar de los Cantones de Orizaba, Zongolica y Córdoba, el Municipio de la ciudad primeramente nombrada lo declaró benemérito suyo en 11 de Noviembre de 1868.

Hasta entonces, había sido conocido como militar valiente, y concienzudo administrador. En adelante, se haría además, notable, como gran político, como gobernante sabio y atento á las necesidades del pueblo, y como organizador admirable de los elementos que debían servirle como factores, en el futuro engrandecimiento de los Estados que fueran puestos bajo su dirección.

En efecto; al nacer á la vida de los Estados soberanos, el de Morelos tuvo la buena suerte de ser regido por el immaculado Campechano, á quien por voz de uno de sus más caracterizados representantes, aquella dedicó las siguientes frases, tan halagüeñas como significativas, porque en ellas están condensados la gratitud del pueblo gobernado y el cariño que supo inspirarle el ilustrado gobernante, cuyo nombre inscribiría el primero desde entonces, en los anales de su política existencia: "y de acuerdo, dijo, con el espíritu eminentemente progresista de la época porque atravesamos, la nueva sociedad política que hoy se inaugura, llevando como bandera de gloria el nombre del inmortal Morelos, escribirá en la primera página de su historia, el del funcionario que vino á romper el último eslabón, que la ligaba á la Metrópoli, y fué el primero en saludarla como Estado libre y soberano de la confederación mexicana."

No hemos concluido aún: aquella existencia

pródiga en servicios para la patria, fulgurante en cada etapa y más gloriosa aún, mientras más el tiempo trascurría, porque más y más se acentuaban los magníficos perfiles de aquella grandiosa figura, no había llegado aún, ni llegaría jamás, al ocaso del olvido, á la muerte civil por la indiferencia, ni al desprestigio por conculcar sus deberes de honor.

Compañero y escogido por el benemérito y eminente hombre de Estado Benito Juárez, cuyo ojo certero rara vez se equivocó al designar sus íntimos servidores, vino á Tabasco en momentos en que el país se agitaba víctima de una conmoción. El Sr. Baranda fué objeto aquí, de una manifestación espléndida de simpatía en el año de 1871, como que venía en nombre del más grande de los republicanos, del más respetable de los hombres probos que hayan existido, y del que por sus virtudes merecía ya la veneración que le dedicaban los patriotas de Tabasco, en cuyo número puede comprenderse al Estado entero, con muy contadas excepciones.

En el año de 74 era enviado á los Estados Unidos en importante misión, y en el 75 era declarado Senador 1º propietario por la Legislatura de Campeche, para representar á esa entidad en el Congreso de la Unión.

En cada nuevo encargo que se le confería notábase el ascendiente adquirido, la confianza que en su lealtad inspiraba, y la seguridad con que el éxito de sus actos se esperaba. Es por esto, que en 1876, cuando la revolución de Tuxtepec se había enseñoreado en este Estado del poder, el General Baranda fué enviado á él como Gobernador y Comandante militar, habiendo correspondido

como bueno, á la distinción con que se le honró, sin excederse un ápice de los límites aconsejados por la prudencia y la caballerosidad.

Tomó á viva fuerza la plaza de San Juan Bautista y procuró la pacificación del Estado, que obtuvo en lo posible. Su conducta en Tabasco produjo el resultado de no haber tenido que sufrir persecuciones, cuando á la caída del Gobierno de Lerdo, y ante las armas victoriosas del que hoy es el guardián de las instituciones y de los derechos del pueblo, tuvo que capitular entregando la plaza y las armas que mandaba al enviado de la revolución.

Habría sido una temeridad oponerse al torrente de la opinión, cuando en aquellos momentos la República entera se había puesto del lado del movimiento regenerador, y había sancionado la caída de aquel gobierno, cuya legitimidad había sido puesta en tela de juicio.

Pero al reducir al orden legal á los que en el Estado se habían levantado en armas, fué su tacto político mediante el que obtuvo el brillante resultado de la pacificación; siendo su conducta mesurada y conciliadora la que, hasta su muerte, le conquistó en esta Capital y en el Estado, leales y resueltos amigos y partidarios. Su nombre es aquí, como en todas partes, símbolo de la lealtad, de la amistad y del cumplimiento del deber.

Su predilecto Estado, Campeche, el primogénito de sus entrañas, esa porción del suelo de la patria, que tuvo la honra de darle un servidor tan eminente en el simpático General á quien debió su existencia política, y que fué para nuestro inolvidable amigo, el universo de su vida, el santuario que guardaba sus ilusiones de niño, sus recuer-

dos de joven y sus glorias de hombre, lo declaró benemérito suyo en 10 de Octubre de 1882, como Tabasco en 1884 lo constituyó en Ciudadano distinguido del Estado, y como el Ayuntamiento de esta Capital en 1887, le dedicó un voto de gracias por los eficaces servicios prestados á esta entidad en épocas angustiosas y durante los acontecimientos políticos que también la conmovieron; y aunque ya desde el año de 1882 tenía á su cargo las funciones anexas, como General en Jefe de la 11.<sup>a</sup> Zona militar, con aplauso y á satisfacción del Supremo Gobierno nacional, que le confió aquel delicado puesto, fué nuevamente electo Senador propietario por Campeche en 1887, aún cuando tal encargo no pudo desempeñarlo, en virtud de ser necesarios é importantes sus servicios en los Estados que el Gobierno confió á su vigilancia. Pocos como él conocían de una manera tan completa, el carácter, las costumbres, las personas y las necesidades de esta parte de la República, por muchos títulos importante. Los mismos empleos tenía al separarse para siempre de nosotros y remontarse al cielo de la inmortalidad, habiéndole cabido por último, la gran satisfacción de presidir la Cámara de Senadores, al comenzar ésta sus trabajos en Septiembre del año próximo anterior.

Las muchas comisiones honoríficas y de sumo interés que se confiaron á su inteligencia, mismas que supo desempeñar, dejando siempre á la altura que le correspondía, la honra de su patria, es el termómetro más exacto del concepto que el digno General Ciudadano se había conquistado, así entre sus iguales é inferiores, como entre los hombres que han llevado en sus manos las riendas del poder y la administración del país. Juárez, el

gran republicano, el bravísimo defensor de la autonomía de México, el patricio sin mancha, que con tanta firmeza sostuvo los fueros de la justicia en su larga carrera pública, el que si á alguien investía con delicados cargos, era sólo á quienes en su elevadísima inteligencia había juzgado dignos de tal honra, Juárez, repito, siempre hizo de nuestro ausente amigo el aprecio que merecían para él los hombres de mucho valer y de inmenso corazón. Lerdo, el orador por excelencia, el potente rey de las tribunas, el gran publicista y eminente hombre de Estado, Ministro, colaborador y sucesor del mismo venerable padre de la Patria, tuvo para el Sr. Baranda iguales consideraciones que su antecesor: el digno militar que supo colocar al ejército mexicano en esfera distinguida por su moralidad; el muy ilustre y respetable General Sr. D. Ignacio Mejía, participó también, del cariñoso entusiasmo que por nuestro héroe sintieran los dos prohombres que antes mencioné; y cuando después de una revolución conmovedora, se ha levantado sorprendente de entre los escombros del poder, el del fundador de la paz, el del caudillo de la libertad, el del tanto más grande cuanto más modesto soldado de la República General Porfirio Díaz, y se pudo creer caído en los abismos de la desgracia el nombre ilustre del peninsular campechano D. Pedro Baranda, aquél surgió de nuevo, con más esplendor aún, á la vida pública, siendo el mismo General uno de los principales ejes sobre que ha girado la admistración del país; una de las sólidas y hermosas columnas sobre que ha descansado el magnífico y suntuoso templo erigido á la paz, al progreso y la libertad; uno de los brazos más enérgicos, activos y poderosos de que

se ha servido para llegar al asombroso resultado que palpamos en bien de la Nación, el admirable autor de tantos progresos, y de la felicidad que ha comenzado á disfrutar la República, misma que completa alcanzará, mediante el ejercicio tranquilo de sus facultades y derechos; mediante el desarrollo y aprovechamiento de sus numerosos y ricos elementos.

Los hombres que como el patriota General Baranda han consagrado su vida de una manera absoluta al servicio de sus conciudadanos, al sostenimiento de todas las libertades, á la ilustración de las masas y al progreso de la sociedad, llenando el medio en que han vivido con la saludable influencia de su ejemplo, de su patriotismo y de su sabiduría, son mil veces dignos de que, levantándose monumentos á su grandeza, se perpetue su memoria mediante la eterna recordación de sus actos meritorios y de sus virtudes cívicas y privadas.

Y cuando esos hombres no sólo han sido patriotas eminentes, caudillos denodados, probos Administradores y Gobernantes sabios y justicieros, sino que al hogar también han llevado raudales de dulzura para sus pequeños, ó cumplido como cariñosos padres los deberes que si la naturaleza no ha impuesto han sido dictados por la conciencia del honor y por la inspiración de una alma generosa y levantada, entonces ni nuestra admiración debe reconocer límite alguno, ni nuestro sentimiento contenerse dentro de nuestro corazón, sino desbordarse en torrentes de reconocimiento y adhesión, hácia esos seres extraordinarios y misteriosos, que enviados por la providencia para guiar á la humanidad en los oscuros, ásperos y

sangrientos senderos que ha venido recorriendo y debe recorrer, alumbran su camino con la brillante luz de su inteligencia, restañan sus heridas y alivian sus dolores con el bálsamo de su patriotismo; predicán con la palabra la libertad, defendiéndola con su espada y con su valor, llegando si es preciso, hasta el sacrificio, y son en la familia los mecenas de la niñez, los que creando en los espíritus infantiles las ideas del bien, de lo justo, de lo noble y de lo grande; de la virtud, de la libertad y del patriotismo, preparan el camino para los héroes, y son los apóstoles de la ciencia, de la razón y del derecho.

Bendita sea, Señores, la existencia de los que, como el insigne y caballeroso General Baranda, tanto han sabido ser útiles á su patria, consagrándole sus talentos y su aptitud, como á sus familias, inspirando á cada uno de sus miembros el sentimiento del deber; como á las personas que han tenido la honra de escuchar los sabios consejos de la experiencia, comunicados en el tono profético de los que sienten iluminada el alma con la fé de la razón y con la conciencia de la justicia.

Yo que tuve la fortuna de vivir por algún tiempo aprendiendo, como en un libro abierto, en el corazón del inteligente soldado esclarecido, á amar y aborrecer con las fuerzas todas del afecto y con la profundidad de las pasiones exaltadas, pude juzgar de aquella alma elevadísima, cuando en la escala del sentimiento llegaba hasta las notas más fuertes en el tono severo de su voz, ó descendía hasta las más suaves y armoniosas en su entusiasmo por las letras y por la amistad, por la exageración del valor, por el talento y por la virtud.

Y aún las pequeñas debilidades de aquella grande alma, eran la revelación evidente en ella, de otras tantas nobles cualidades, porque si entrañablemente aborrecía, siempre se hallaba dispuesta á la generosidad y al perdón.

Para que el ilustre General no hubiera tenido aquellas pequeñas sombras en su existencia brillantísima, habría sido preciso que no perteneciera á la especie á que los hombres pertenecemos.

¿Qué mérito habrían tenido, entonces, sus virtudes y su valor, ni su constante consagración al servicio de la patria, de sus instituciones, de su independencia y de su libertad? Cuando los griegos y los romanos, valientes hasta la temeridad, admiraban en sus héroes las dotes y virtudes que los colocaban en la esfera de lo extraordinario y superior, levantábanles templos, y les consagraban el culto debido á los dioses inmortales.

Nosotros, que si bien ayer nacidos á la vida de los pueblos independientes, y sin preciarnos de grande ilustración, creemos tener el patriotismo y la altivez ingénita en las razas que forman nuestro origen; ¿por qué no hemos también de señalar al cielo como punto de partida de nuestros progenitores y fundar con el culto á nuestros héroes y al Supremo Artífice del Universo, nuestra única y sublime religión?

Sí, Señores: consagremos la memoria de nuestros muertos ilustres, elevemos al apoteosis sus heroicos hechos, y al cantar con voz doliente las glorias de aquellos que tienen derecho á la inmortalidad, coloquemos en la tumba de nuestro eminente General y compatriota los lauros que por nuestra mano y sobre su yerta frente coloca el pueblo de Tabasco á nombre de la patria dolorida,

que en aquél perdió á uno de sus más constantes defensores, de sus más esforzados campeones, de sus más hábiles políticos y gobernantes; á uno, en fin, de los que tuvieron la alta honra de formar y suscribir el gran libro nacional, y de pertenecer á los héroes legisladores, que al consumir la salvadora revolución de Ayutla, consagraron la libertad y deificaron su nombre, dando al pueblo la progresista y sábia Constitución de 1857.

HE DICHO

